

tomé el sombrero y me fui a la casa de Castro Pérez.

Ann no llegaba el jurisperito. En la puerta estaban las señoritas; salían de arreglar el despacho, y al verme se detuvieron a charlar conmigo.

—Tarde viene vd....

—Tarde! Acaban de dar las nueve....

—No, no es tarde;—me dijo la menor, Teresa, una rubia desabrida y vana,—nunca es tarde para los enamorados....

—¡Cállate! ¡Cállate, mujer! ¡Qué dirá el señor!—exclamó su hermana, la pianista, una morena vivaracha y parlara.

—Déjela vd., Luisa.... Que diga lo que quiera.... Veamos, ¿qué viene eso de los enamorados?

Me pareció que habían adivinado mi secreto, lo cual, aunque en cierto modo me contrariaba, tenía para mí algo halagador.

—¿Quiere vd.—replicó la rubia—que le endulcemos el oído?

—¡Jesús, mujer!—volvió a exclamar hipócritamente la morena—¿Qué libertades gastas!

La chiquilla se echó a reír.

—Yo no quiero nada, señorita....—respondí.

A lo cual contestó:

—Como al señor le ha dado por la música.... Así cuentan en todo Vilaverde....

—¿Cuentan en Villaverde tantas cosas! Sí, me gusta la música.... desde que oí tocar a Luisa.

La morena se sonrojó. Teresa se soltó diciendo:

—¡Adios! Pues no sé cómo, porque ésta toca muy mal. Tocar bien, como una profesora.... Venga vd. acá,—y me sacó hasta el zaguan—venga.

—¿Ve vd. aquella casa, aquella, la nueva, la que está pintada de gris? Pues ahí vive una persona que toca mejor que Luisa....

—¿No lo sabía vd?

—¡Ah! Sí, la señorita Fernández....

—¡Sí! Esa....—murmuró maliciosamente la parlanchina.

—¿Y qué?

—¿Qué?

—La señorita Fernández....—repitió con mucha sorna la morena.

—¿Por qué lo niega vd?—dijo la rubia—¿Qué hay en eso de malo!

—Señoritas, si yo no niego ni afirmo....

—¡Si niega!—exclamaron a una.

—No acierto a comprender a ustedes....

La parlanchina me miró de hito en hito, hasta que no pudo más, y riendo me dijo:

—Vaya, pues, como vd. no ha de confesarlo, se lo diré: ya sabemos que vd. es novio de Gabriela Fernández.

—Están ustedes engañadas....

—Vea vd. que nos lo dijo persona que lo sabe....

—Pues no es verdad.

Iba a contestarme cuando apareció al fin de la calle mi señor don Juan. Vióle la rubia y dió el grito de alarma:

—¡Ahí viene papá!

Y las parlanchinas muchachas echaron a correr.

XXXII

Despidióse el año, como suele despedirse en Villaverde y en la vecina Pluviosilla, con nieblas y brumas. Montañas y valles permanecen velados durante algunas semanas, y sólo de cuando en cuando, de mañanita, asoma el sol su rostro paliducho a través de las gasas, como para decir a los vilaverdianos que no ha muerto, que ya le tendrán, el mejor día, muy guapo y rozagante.

Acabó Diciembre; nos dijo adiós, y se fué, casi sin ser visto, mientras la gente corría hacia los templos a dar gracias a pedir mercedes para el año nuevo, ó se entretenía, alegre y divertida, jugando los cuartos en polacas y loterías. Desde la noche de Navidad no fui a la Plaza. No tardaría en llegar el P. Herrera, y como era posible que Angelina se fuera con él, quería yo gozar de los pocos días de felicidad que me quedaban. La pobre niña no

volvió a hablar de viaje. Se apresuró a disponer la recámara de su protector. Convinimos en que mi estancia era la más cómoda, y aunque las tías se empeñaron en dejarle la suya, decidióse que el huésped ocupara la mía.

En dos por tres quedó arreglada y lista, con su cama que albeaba, su escritorio, su lavabo, cuanto era indispensable. Nada faltaba allí, ni el reclinatorio. El P. Solís nos prestó uno, muy elegante, con un crucifijo muy de voto.

—Venga a cualquiera hora,—decía la joven,—que venga, que todo está listo!

Linilla sonreía alegremente, pensando en la próxima llegada de su protector; pero no podía disimular su tristeza; a poco bajaba los ojos, y se ponía pensativa y suspiradora. La atormentaba, sin duda, la idea de que iba a separarse de la enferma, y como si quisiera dejarle grato recuerdo de sus cuidados, la pobre niña se extremaba en todo cuanto a mi tía Carmen se refería.

—¿No lo ves, Rorró?—solía decirme al oído la tía Pepa.—¿No lo ves? ¡Esta niña es un ángel! Mira, mira cómo atiende a tu tía... ¡Qué mimos! ¡Qué paciencia!

No sólo Angelina estaba triste; lo estaba yo también. Sólo de recordar que se iba se me oprimía el corazón, se me oscurecía el mundo. ¿Qué haría yo sin ella? ¿Qué sería de mí sin la palabra consoladora de Angelina? Ella era la única que poseía el secreto de mis tristezas; sólo ella sabía darme aliento y ánimo.

Frecuentemente me encerraba yo en mi recámara para dar rienda suelta a mis cavilaciones y melancolías. Allí pasaba yo horas y horas.

—Estás enfermo?—me preguntaban las tías.—¿Di qué tienes....

—¿Vaya si soy desgraciado!—pensaba yo, tendido en el lecho.—Llegué a mi casa descorazonado y abatido, y cuando creía encontrar aquí dichas y alegrías, no hallé más que penas y tristezas. Angelina ha sido para mí como un ángel salvador. A ella he confiado mis pesares; en ella he puesto mi cariño; me amó, me ama, y cuando su amor iluminaba mi alma con celestes claridades; cuando de ella recibía mi corazón vigor y fortaleza, se va, y me deja.... Se irá, y en esta casa se acabará toda alegría.... ¡Adios amorosas pláticas! ¡Adios gratas lecturas! Las plantas que los dos hemos sembrado prosperarán, se cubrirán de follaje, se llenarán de flores.... Y Linilla no las verá.... Y volviendo a mi manía poética, me daba yo a repetir aquello de nuestro Carpio:

De qué me sirven los jacintos rojos,  
el lirio azul y el loto de la fuente....

Pero Angelina no se olvidará de mí; ni yo la olvidaré; me escribirá, y le escribiré, cada semana, no todos los días. Pero ¡ay! no la veré en muchos meses, tal vez en muchos años, porque al P. Herrera no le gusta separarse de su parroquia. Puede suceder que Linilla no me escriba; no habrá quien traiga las cartas, y pasarán días, y más días, y yo.... ¡sin saber de Angelina!

A decir verdad, estaba yo enamorado como un loco. No era mi amor aquel amor de niño, tímido, vago, ensañador, que me inspiró Matilde; cariño melancólico, nacido en un juego, alimentado por las predilecciones de una chiquilla graciosa y admirada, breve y fugitivo en sus anhelos; dulce amor que dulcificó la vida del pobre estudiante; pálido fulgor de la aurora juvenil que inundó de reflorescencias los claustros solitarios de un colegio sombrío; amor que no conseguí arrancar de mi alma en muchos años; que aún suele estremecer mi corazón, porque ni atrevidos devaneos, ni abrasadoras pasiones, ni crueles desengaños, lograron aniquilarle en mí. Ahora, todavía, después de tantos años, suspiro a veces, por la donatosa niña, objeto de mi primer amor. Matilde ha sido, viva y muerta, temida rival para cuantas me han amado. Su nombre se me ha escapado de los labios, involuntariamente, cuando iba yo a decir el de otra mujer, y acaso sea el último que salga de mi boca a la hora de morir.

El amor que Angelina me inspiraba no era ese que nos promete dichas y venturas, li-sonjeando nuestra vanidad, halagando nuestro orgullo, y despertando risueñas esperanzas; ni ese otro abrasador, apasionado que nos encadena a las plantas de soberbia beldad, sumisos a su capricho, esclavos de su hermesura, desesperados si nos desdena, locos de felicidad si nos favorece con una sonrisa. No, era purísimo y desinteresado afecto, sentimiento de profundo dolor, que sólo parece traer desgracias, que nace y vive para llorar, y que libre de sensuales impurezas, es una eterna aspiración al cielo. Amaba yo a Angelina, la amaba con toda el alma, y no por hermosa, sino por buena y desgraciada. Creía yo que mi madre bendecía desde el cielo aquellos amores, castos, puros, immaculados como el lirio silvestre que abre su nítida corola al borde de un abismo, entre los iris de espumosa cascada, allí donde no ha de tocarla la mano del hombre. Amaba yo a Angelina, y quería yo ser digno de ella, para que la pobre huérfana compartiera conmigo sus desgracias y su orfandad, y tuviera en mí un amigo, un hermano, un compañero de infortunios. Acaso algún día, andando el tiempo, se mudaría mi suerte, y me sería dable otocerle cuanto el hombre gusta de poner a los pies de la mujer amada.

Pero hasta allí no iban mis deseos sino vagamente. Amor, abnegación, sacrificio, estos eran los móviles de mi cariño, nobilísimos sin duda, y que no han vuelto a cenover mi corazón. Después.... he amado; he amado muchas veces; pero nunca, como entonces, me he sentido capaz de tamaños heroísmos.

¡Romanticismo! ¡Locura!—exclamaron muchos al leer estas páginas.—¡Idealismo!—dirán los desengañados, los hijos de esta generación egoísta y sensual. Pero aquellos que hace cinco lustros eran jóvenes, esos, dirán que los mozos de entonces eran más felices que los de ahora; que aquella juventud, aparentemente melancólica, plañidera y sentimental, valía más por la pureza del sentimiento y la hidalgía de corazón, que esa otra de los tiempos actuales, tan a egre al parecer, y en realidad triste y desconsolada, precozmente envejecida y prematuramente coiciosa.

XXXIII

Le ví desde la ventana del despacho, a eso de las diez, jineta en una soberbia mula de magnífico andar. ¡Qué bien que se sostenía el anciano en su caballería! De fijo que el P. Herrera fué todo un charro allí en sus mocedades. ¡Vaya con el simpático viejecillo! Al verle con su blusa blanca que dejaba ver los pliegues de la recogida sotana, con el sombrero de tipi, el paño de sol y el abiero para-guass, se me antojó el tipo más hermoso del cura de aldea. Pálido y expresivo el rostro, nariz aguiña, muy dulces los azules ojos, el buen sacerdote me cayó en gracia. Seguíale, a su guisa de caballerango, un muchacho tri-gneño, guapo y bien dispuesto, de pantalón ceñido y ja-ano galoneado, que por lo arre-stado de su figura contrastaba singularmente con el aspecto menso y bondadoso del clérigo.

Iban lentamente. Habían pernociado, a no dudarlo, en alguna hacienda, y saldrían de madrugada para llegar temprano a Villaverde. Atravesaron la Plaza con dirección a la Parroquia. No tardé en oír una campanilla que llamaba a misa.

Hasta entonces, fuera porque eso halagaba mis deseos, fuera porque la carta del P. Herrera no era terminante, me había parecido mentira el temido viaje de la joven; pero al ver al clérigo me dió un vuelco el corazón, como si alguno me dijera: "tu Linilla se va...." Se iría, sin duda. El Cura estaba ya muy viejo, no le faltaban los achaques de la edad, y nada más justo que Angelina estuviese a su lado. Tiré la pluma, crucé los brazos sobre la mesa, y me puse a pensar, desalentado y triste, en la partida de la joven. Por fortuna llegó Castro Pérez, y fué preciso ponerse a trabajar. Dos ó tres veces escribí una palabra por otra, eché a perder una hoja de papel, se-ñalé, y estaba a punto de decir: "No sigo

escribiendo! ¡Estoy enfermo!..." cuando dió la una.

Corrí a la casa. El P. Herrera conversaba en la sala con mis tías, y Angelina arreglaba la mesa en el comedor.

No me atió al llegar; me tenía a su lado y no me había visto. Me acerqué de puntillas y le tapé el rostro con mi pañuelo.

—¡Jesús!—exclamó—¡Qué susto me has dado! Ya vino papa.... ya vino.... y....

—Y qué?—pregunté ansioso.

—Dijo que venía por mí; que estaba enfermo; que señora Francisca está más cocha cada día.... en fia, que el viernes nos iremos....

—Y tú contenta como una sonaja.... ¿que es verdad?

—¿Contenta yo? Sí; tienes razón. Quiero irme para no verte, para olvidarte.... porque te odio, te aborrezco....

Luego agregé en tono de regaño:

—Vaya vd. a la sala; vaya vd. a saludar al señor Cura. Ya pregunté por vd.

—¿Preguntó por mí?

—Sí; quiere conocer esta buena alhaja.

Y cambiando de acento, festiva y urgente:

—Anda, anda! Te verían entrar, y dirán que estás aquí charlando conmigo. Déjame, que desee acabar.

Fuí a la sala. Estaban allí mis tías. Después de la presentación oí, con espanto, que Angelina no me había engañado. El anciano tenía resuelto llevársela. Lamentaba la so-pa ración, porque, al fin, la muñeca estaba allí muy bien. Pero hacía falta, hacía falta en la casa cural.

—Ya estoy viejo,—repetía el sacerdote—el mejor día me da un supurtaico y no tengo quien me vea.... Pancha está peor que yo....

Mis tías lamentaban la ida de la joven, pero no se atrevieron a contrariar al padre. Se limitaron a rogarle que la trajese de cuando en cuando.

El buen señor me trató con mucho cariño. Cuando supo que no volvería yo al colegio, exclamó:

—¿Qué se ha de hacer! ¡Conformarse con la voluntad de Dios! ¡Cuando me mandan ustedes a este muchacho!.... Que vaya a pasar conmigo algunos días. Le mandamos la mula, sale temprano de aquí, y en la noche estará con nosotros.

Acepté la invitación.

—Cualquier día, señor Cura.... Tendré mucho gusto....

Angelina se presentó en la sala.

—¿A comer, papá! Vamos, que sólo tiene vd. en el estómago una taza de té

—Vamos, muñeca, vamos,—contestó lentamente, levantándose del sillón—dame tu brazo.... Ya tu papá está muy cascado.... ha trabajado mucho.... Los años no pasan así como quiera, sin desmoronar a uno.

Entre tía Pepa y yo llevamos a la enferma a su cuarto. No quiso ir al comedor.

—No estoy para eso.... ¿No ven que he vuelto a la primera edad y que tengo que comer por mano ajena?

Angelina parecía haberse olvidado de mí; no me dirigía la palabra, no me miraba, como temerosa de que el anciano sorprendiera nuestro amor. Charlaba alegremente, con ingenuidad de chiquilla, hacia reír al sacerdote, y no cesaba de recordarle cosas y sucesos de otro tiempo.

—Digo bien, digo bien, muñeca, cuando estés allá voy a ser otro.... Tendré con quien hablar, con quien reír.... Ya verás que alegría en aquella mesa. Allí no faltará un buen mozo, algún rancharo rico, y te casaré. Don Rodolfo,—agregó, dirigiéndose a mí, mientras él desplegaba la servilleta, y Angelina servía la humeante sopa—queda vd. invitado a la boda.

La joven se encendió. El anciano levantó la cara para verla, y continuó:

—Nada más que allí no se estilan vestidos blancos, ni velos, ni coronas de azahares.

Angelina hizo un mohín:

—¿Me quiere vd. tener contenta? Pues no le diga vd. a su muñeca todas esas cosas....

—¿Vaya, vaya! ¡Enojaditos estamos! Pues no chitón por ahora. Allí, cuando te cases, (que te casarás, porque ya no hay conventos, y tú no tienes cara de monja) no le faltarán al señor Cura de San Sebastián algunos durillos para que vayas al altar hecha una princesa. Cuando a Pancha le hablo de esto, para que rabie, gruñe no sé qué perrerías, y dice: "¿Casarse la niña? ¡Dios nos ampare! Si no hay gandul que se la merezca...." ¿Tú qué dices de eso?

—Pues yo digo,—replicó Angelina con viveza,—que lo que señora Francisca quiere, es, que su Linilla se quede para vestir santos!

Reía el señor Cura y refamos todos. Tía Pepa observaba en mi rostro el efecto que me causaba aquella conversación. Angelina me vó, como diciéndome con los ojos:

—Y tú, ¿qué dices de esto?

—Pues yo digo,—replicó Angelina con viveza,—que lo que señora Francisca quiere, es, que su Linilla se quede para vestir santos!

Reía el señor Cura y refamos todos. Tía Pepa observaba en mi rostro el efecto que me causaba aquella conversación. Angelina me vó, como diciéndome con los ojos:

—Y tú, ¿qué dices de esto?

(Continuará.)

CUENTO DE OTOÑO.

I

¿Habrás envejecido inspiradora, ardiente musa de la edad primera? Perdida tu ilusión ¿serás ahora alguna insoportable majadera?

¿Habrás, reverendísima señora, muerto para los cantos? Si tal fuera no te acerques; te digo lo que siento: de sobra están las musas en mi cuento.

II

¿O a mí vendrás, sencilla al par de hermosa, fresca de juventud, rica en anhelos, para envolver, con mano cariñosa, la noche de mi frente en luz de cielos? Entre perfumes de jazmin y rosa, velada apenas por traidores velos, ¿a mí vendrás, inspiración divina, en adorable forma femenina?

III

Así en un tiempo de feliz memoria, noche a noche en mi estancia te veía, cantábamos los dos himnos de gloria y en mis trémulos brazos te sentía. Cuánta pasión! cuánta amorosa historia al son del canto referir solía!

¡Ah! cuánta sacudida al pensamiento para escalar los astros prestó aliento!

IV

Dejemos esas cosas, y al asunto. De labios de mujer oí el suceso; y si hoy en versos incoloros junto la narración aquella, no por eso desconozco que, a andar punto por punto, sería preferible en tierno beso simbolizar la historia. ¡Oh, discreta lectora, esto no es mucho en un poeta!

V

Era en el mes de Abril. Amarilleando próximas a caer, las hojas muertas gemían suavemente, al soplo blando en los tupidos cerros de las huertas. El crepusculo, rápido avanzando, sombras tendía en calles ya desiertas, y al lánguido reposo sucedía de la noche la extraña algarabía;

VI

Aquí el grillo, con voz de tenorino, cantaba el Trovador junto a una rana encerrada en un charco del camino; y ella, perdida su ilusión temprana por la ruda crudeza del destino, asomaba del charco a la ventana, y con voz que a una legua se le oía a los cantos del grillo respondía.

VII

Jilgueros y palomas transformaban los arboles del monte en mundes chicos; del durazno a los álamos saltaban con gritos cortos y rumor de picos; las alas inseguras agitaban la pluma de sus blandos abanicos, y parecía aquello un beneficio de artistas a favor de algún hospicio.

VIII

Extraviado en el campo,—al paso lento del corcel que, agitando la cabeza, la hameante nariz dilata al viento,— Jorge Morales a soñar empieza,

y siente que atraído el pensamiento va al pasado feliz,—esa belleza de los recuerdos, que a Musset encanta y en Dante los dolores agiganta.

IX

Un recuerdo feliz quizá es más cierto que la dicha,—el cantor de Rolla exclama, y el Gibelino, en el dolor experto, inflamado en celeste y viva llama, doliente el alma ante el pasado muerto, dice, pensando en la Beatriz, que aún ama:

«No hay un dolor mayor que la memoria en tiempo cruel, de una feliz historia!»

X

Yo, de mí sé decir que no sé nada. Los dos tienen razón: Musset y Dante. En el fondo de un alma ensombrada el recuerdo feliz de un pecho amante es dicha dulcemente acariciada y es honda herida de dolor punzante. No hay dicha sin dolor en este mundo, y algo deleita en el dolor profundo.

XI

Cuando un imberbe adolescente inclina la frente triste y a pensar se entrega, de fijo una silueta femenina en sus ensueños tentadora juega. La mujer es la forma peregrina del ideal,—y la Fortuna ciega es mujer, y la Aurora, Venus, Córce, como son cosas lindas, son mujeres.

XII

Así Jorge al pensar piensa en su amada,—un pimpollo de rosa, en sus veinte años, que en una venturosa temporada del Mar del Plata conoció en los baños. Su esperanza una ola alzó agitada, otra ola llevó sus desengaños, y al cabo de dos largas primaveras, feliz mortal, se hizo querer de veras.

XIII

Se hizo querer. Difícil es, lectora, decir cómo se quieren dos sujetos cuando es ella vivaz y seductora, de alegre sonreír, de ojos inquietos, y él es un Juan Tenorio, que una hora no pierde en la partida. En los secretos de una pasión entremos sin embargo, aunque parezca el cuento un poco largo.

XIV

Primero, una mirada que acaricia; despues, una mirada que pregunta; luego, aparece la ocasión propicia y la palabra ardiente al labio apunta. El, la campaña con tesón inicia; trémulas manos el cariño junta; y si el guardian celoso clava el pico, se besan por detrás del abanico.

XV

Oh, ¡júbilo! celeste arrobamiento, dicha que el linde de las dichas toca, las fuentes descubrir del sentimiento, volcar el alma en una linda boca. Tántalo redimido, en un momento manantiales beber con ansia loca.... Pero, silencio! sin querer me abismo en los oscuros antros del realismo.

XVI

Será tal vez más cuerdo dar un salto, callando alguna escena que pondría a la honesta lectora en sobresalto. Es discreto callar. Majadería fuera quien narra historias no hacer alto cuando el caso requiere; y, a fé mía, es duro de narrarse cuanto pasa cuando se duerme el dueño de la casa.

XVII

Y era de este poema la heroína tan limpia de conciencia como el cielo, tan pura como el agua cristalina; tierra paloma, en inocente vuelo, alma virgen en forma peregrina, vision celeste en el terreno suelo.... ¿Que amó? Será! Mas no hay libro sagrado que diga que el amor es un pecado.

XVIII

Muy lejos de eso, Salomon el sabio acerca en el Cantar de los cantares llena la copa hasta el sediento labio, y está puesta la Biblia en los altares sin que a nadie le ocurra que hay agravio para el Señor. Son cosas singulares